

La 18 Semana Internacional de Cine de Barcelona

DENTRO de la confusa situación de los festivales cinematográficos españoles, en la que San Sebastián, como se sabe, se convierte en prototipo de unos festivales que difícilmente sirven a alguien más que a unos cuantos distribuidores o a sus propios organizadores, la Semana Internacional de Cine de Barcelona viene existiendo, silenciosa, modestamente, sin participar del boato a la popularidad que rodea los demás certámenes.

Puede que ello se derive de la ausencia de competitividad entre las películas presentadas, trasladando, pues, el interés de "la carrera hacia la meta" al de las películas en sí. Otro elemento no menos importante es el de que la programación de la Semana no se supedita a las películas que las distribuidoras españolas tengan pendientes de festivales; es decir, que la "muestra" ofrecida en la Semana no es forzosamente un adelanto a la programación que van a conocer las

carteleras españolas durante la próxima temporada. La Semana se abastece fundamentalmente de películas contratadas directamente en los países de origen, como ocurre igualmente en el Festival de Benalmádena (donde tampoco existen competencia ni premios).

La vida de la Semana transcurre, pues, en las salas de proyección y cuando se sale de ellas no es sino para abrir las de la prensa, donde los directores, productores o actores de las películas presentadas discuten con los asistentes la obra que han realizado. No hay estrellas ni champaña, ni mundanal ruido y, por tanto, la presencia de la prensa que en otros festivales sólo se interesa por este aspecto del "cine"; en Barcelona no tiene lugar ni aparece.

Naturalmente, que las diferencias con otros festivales no determinan que el de Barcelona sea el festival ejemplar por antonomasia, ni que otros aspectos de la cuestión estén resueltos. La "representación"



Una obra maestra de Pasolini, no autorizada todavía en España: "El decamerón".

tividad" de Barcelona en orden al cine español (lo que es decir de la problemática que vive España en torno al cine), que parece debía ser —en ausencia de otras tribunas— un trabajo intensivo de los festivales, tampoco aquí aparece. Incluso este año (como casi es costumbre en la Semana de Barcelona) ni intervienen largometrajes españoles.

Funcionando paralelamente a "Sonimag" (salón de muestras "del sonido y la imagen"), la Semana, entidad privada y escasamente vinculada al Ministerio de Información y Turismo, elige una serie de películas que considera pueden interesar al público barcelonés (o, al menos, a ese público burgués que acude a sus sesiones); títulos prohibidos en España o con "dificultades" o películas que pueden ofrecer algún otro tipo de interés. (Este año, por ejemplo, "La grande bouffe", de Ferreri; "Pantaleón y las visitadoras", de Mario Vargas Llosa y José María Gutiérrez; "El decamerón", de Pasolini; "La marge", de Borowczyk; "Cadáveres excelentes", de Rossi, un par de títulos de la República Popular China...).

Al margen de las proyecciones "oficiales" (en dos ocasiones cada película), se proyectan de nuevo todas en una sala de la ciudad (donde acude fundamentalmente un público joven) y en otras van exhibiéndose ciclos monográficos obtenidos por la Semana (este año "El musical de la Metro" y "Jóvenes cineastas alemanes", al margen de una exhaustiva muestra del cine húngaro proyectada en las sesiones regulares). Todo ello indica que, efectivamente, en la Semana de Barcelona hay una respetable cantidad de películas que ver y difícilmente, entre sesiones y ruedas de prensa (entre las que este año se celebra una mesa redonda sobre las posibilidades de expresión y la libertad en distintas cadenas de Te-

levisión), queda tiempo para más.

Lo que también se deduce, sin embargo, es que el interés de cualquiera de estas Semanas reside únicamente en el acierto o error con que sus organizadores hayan elegido el material a proyectar (ayudados, naturalmente, por la amplitud o cerrazón con que la censura administrativa haya elegido dichos títulos), y que la coherencia o actualidad de lo que en Barcelona se vea y se discuta no superará la propia elección de las películas. Que a estas alturas resulten desconocidas en España "La grande bouffe" o "El decamerón" y que su programación en la Semana pueda constituir aún un escándalo, no deja de ser significativo; pero la Semana no plantea explícitamente esa significación, no traspasa el hecho vinculándolo a una situación de nuestra cinematografía, quizá tampoco porque para su funcionamiento no ha contado con otras fuerzas sociales que las suyas privadas.

Hay una necesidad de participación de los cineastas españoles en las muestras cinematográficas de este tipo, una necesidad de tribunas y puntos de contacto, una exigencia de publicidad de lo que está ocurriendo entre nosotros en orden al cine; creo que una Semana cinematográfica no puede desvincularse de ello.

Sin embargo, y puestos ya al resumen de esta opinión, no es menos cierto que es a partir de estructuras mínimas de funcionamiento como las de esta Semana (un festival mantenido por los espectadores de la ciudad donde se celebra, con una necesidad de abrirlo a aquello que en España es difícil y un respeto básico por lo que se proyecta sin introducirlo en competiciones inútiles), donde puede encontrarse la posibilidad de ampliar las exigencias de nuestro momento. ■ DIEGO GALAN.



José Sacristán es el Pantaleón cinematográfico de Vargas Llosa.